

La pintura de Ezequiel Jiménez



Marco Retana

Con el redescubrimiento de Ezequiel Jiménez, el paisaje costarricense da un buen estironazo en el tiempo. Prácticamente desconocida, la obra de este artista se hallaba escondida, cariñosamente resguardada por sus familiares, y no es sino hasta hoy, que el ojo avizor de Luis Ferrero, por medio del Museo de Arte Costarricense, nos la presenta en toda su valía, como testimonio de una época y testimonio de un gran pintor. De cientos de óleos y dibujos, el Curador del Museo, Ferrero, ha escogido unos sesenta cuadros, representativos cronológicos del pintor, desde aquellos momentos infantiles en que los rincones familiares -el patio de la casa, la escuela, los techos del viejo San José- aparecen reflejados por las líneas ingenuas de quien ya se manifestaba como el paisajista que años después, con su óleo "Aserri" -propiedad actual del colec-

cionista Daniel Yankelewitz- ganaría la medalla de oro, lienzo de un clasicismo puro, tanto por el tratamiento del color, como por la composición y acabado. No es que estemos hablando de una época del autor, en el sentido de clasificación, a la manera de los rosas o los azules de Picasso; Ezequiel es ajeno a cualesquiera clasificaciones, porque como muy bien apunta Ligia Kopper, Directora del Museo, "El es el resultado de una época y de una fuerte personalidad que abre camino a toda una tradición de paisajistas en Costa Rica". Ya anteriormente nos había dicho Ligia: "En los óleos de Ezequiel hallamos ante todo un pintor que conoce su oficio: luz, color y composición. Pero, sin darnos cuenta se nos escapa de cualquier perspectiva de estilos, ya que las variedades son tajantes. No podríamos decir que es un naive del todo, o un académico o un

impresionista". Así, sin ser nada de eso en particular, es todo eso y mucho más. Es el iniciador de todo aquello que luego aprendimos a admirar en Teodorico Quirós, en Fausto Pacheco, en Luisa González, en Amighetti, en Manuel de la Cruz... la casa de adobes que hasta hoy, aparece por primera vez en Ezequiel, los caminos y cerros de Escazú, que pintó en compañía del mismo Quico y de Fausto, al extremo de que un puente escazuceño o aparece en la obra de Quico, y aparece varias veces en la pintura de Ezequiel, desde distintos puntos y en épocas diferentes, como lo atestiguan dos de los cuadros que se exponen en el museo, en 1924 y 1928, y que como testigos de los "avances" de aquellos tiempos, tienen sendos postes, el más antiguo, un árbol cualquiera que sostiene los alambres del telégrafo, y en que una lamparilla inclinada nos habla de la vetusta iluminación del momento; y el otro de cuatro años después, el poste de hierro seguramente, como indicando que Escazú-caminaba. Así, sin atenernos a una cronología, innecesaria en esta reseña, nos encontramos con las estampas costumbristas de los portales, las procesiones, las cogidas de café, o las bodas campesinas, paralelismo que muy bien ha apuntado Ferrero, en relación con la poesía costumbrista de Aquileo Echeverría, para quien Ezequiel ilustró algunos de sus romances. El paisaje de Grecia, de Aserri, del Higuito de Desamparados, en que el impresionismo es manifiesto, y a ratos llega a trabajos de puntillismo. La "etapa de Nicaragua" de los cuales hay algunas

muestras del lago, de las calles, de las ciudades. Momentos románticos en que el paisaje se vuelve bucólico; momentos en que cae en algunas estampas idealizadas; momentos en que el color toma las reverberaciones de las costas y en que el calor se evapora entre el mar y los cerros; momentos puros en que la genialidad del pintor juega con las luces, como aquel bellissimo "Bebedero" de 1928, reminiscencias de la escuela flamenca, al decir de Luis Ferrero. Nostalgias del San José de 1888, años en que se cerraban universidades y se abrían horizontes; algún rincón de la fábrica, o el famoso "Bal Tabarán" de picaros recuerdos para no pocos de los que se han echado su paseadita estos días por el Museo de Arte Costarricense.

Definitivamente, una exposición de oro, por todo lo que tiene de calidad, de redescubrimiento, y de testimonio de unos años desaparecidos para todos. Es el agradecimiento que debemos a los artistas, que un día dejan en la tela -pudo ser la piedra, la nota o la palabra escrita- los momentos que se esconden en los rincones del pasado. Recordábamos a García Monge y "El alma nacional".

Como ya se va haciendo costumbre, una magnífica costumbre, esta exposición está presentada por un excelente catálogo-estudio acerca de la obra del autor, que de por sí mismo es importantísima bibliografía para el estudio de Ezequiel Jiménez, catálogo a cargo de la autorizada pluma del historiador y hoy Curador del Museo, Luis Ferrero Acosta.